

# QUIJOTADA



ACINTO Mendoza, un hombre de corazón, un muchacho sanguíneo, enamorado de la fuerza, gran artista, gran amador de lo bueno y de lo bello, nos contó á sus amigos lo que él llamaba *su quijotada*, de la siguiente manera:

«Los ojos muy grandes, saltones, muy apartados; la cara, más ancha que larga; una boca tan grande como ancha la cara: cara de vieja, cara de rana. Sí, la pobre muchacha era fea, muy fea; y así la llamaban en el pueblo, la *Fea*. No nació en él, sino allá, en el seno de un jaral, en la majada, en el chozo donde vivían sus padres, que eran cabreros. Y allí se crió la *Fea*, en las tinieblas del chozo humoso y ahumado, donde olía á ubre de reses, á grasa quemada, á pellejos mal enjutos y á estiércol de corraliza. Allí en invierno, en el mal tiempo; y en el estío, fuera, á la trasera del chozo, á la sombra miserable de un encinuco híbrido y enteco que allí había nacido sólo, no sé yo para qué, lejos del encinar, como la *Fea* en el chozo, lejos del pueblo, que para ella era el mundo.

Y así siempre dentro del mísero albergue, humo, oscuridad y vahos de majada: fuera, el sol abrasador, las eternas modorras plúmbeas de Julio; moscas y hormigas.

En cuanto supo sacudírselas la *Fea*, dió en salir con las cabras por aquellos jarales silenciosos. Iba siempre con su padre, detrás de él, á cuatro pasos, recelosa y brava como jabalina nueva que aún no ventea ni *díscierne* con precisión el peligro y se espanta de todo lo que se mueve.

Un día, más adelante, la llevó su madre al pueblo á comprarle unos

zapatos, los primeros que iba á calzarse, y á que el cura la confesara. ¡La de dulces memorias que la pobre cabrerilla se llevó del pueblo al chozo! Un año entero estuvo rumiando el recuerdo de aquella visita al raundo, sólo amargada por el conato de escándalo que un puñado de chiquillos sin vergüenza dió á la puerta de la iglesia, gritando al ver á la huraña cabrerilla montaraz: «¡La *Fea*, la *Fea*!» Lo demás, todo un encanto: unas casas maravillosas, con balcones llenos de flores, más hermosas que las que ella veía en los jarales; una iglesia como un cielo, repleta de maravillas, todas doradas, y un señor cura muy bueno, que quería mucho á toda la gente y singularmente á ella, á quien habló largo rato de cosas buenas que la *Fea* entendía muy vagamente.

Pasó tiempo. La madre de la mozuela, iba al pueblo una vez cada semana. Vendía queso y compraba patatas, aceite y pan. Y ahorrando, ahorrando, y sisando un real de aquí y otro de allá, hoy compraba para la *Fea* un pañuelo de percal con grandes rosas coloradas; mañana un guardapiés de balleta amarilla con *tirana* verde; otro día un cruce-ro de merino de algodón para los hombros, y por último, en un arranque de amor de madre, que la hizo cerrar los ojos y saltar por encima de toda idea de prudentes equilibrios económicos, gastó seis reales en unos inmensos pendientes de metal dorado y cuatro en una venera mayúscula, que parecía de plata: era un corazón con la punta muy aguzada y curva, como garra de gavilán. Zapatos ya los tenía.

Al cabo, el ideal de la pobre madre cristalizó. La *Fea* tenía ropa nueva y ya no faltaba más que ocasión para lucirla en el lugar, un día de fiesta que hubiese baile en la plaza. Esta era la aspiración de la amante madre ciega, que no veía á su hija con los ojos de la cara; y éste era también el viejo sueño de la *Fea*, *su entrada en el mundo* cosa que ella consideraba así como una especie de nacimiento á la verdadera vida, vida de placeres, de *ricuras*, como ella se había dicho alguna vez en momentos de vagas sensaciones espasmódicas, venteadas más que sentidas, entre las brumas de su cerebro entenebrecido.

Sí: un día de fiesta que hubiese baile en la plaza. Y lo hubo pronto.

—La probi la muchacha—decía la madre de la *Fea* á su marido, que siempre estaba callado, oyéndola á ella, que estaba siempre charlando,—la probi la muchacha, siempri al marro, siempri al rabo del ganao, jecha una jurdana, aperreá, jediendu á monti. Hay que alargali algo la sogá ¿oyes?, que á tóos mos ha gustao esparijilnos algo y probal de mundo. El domingo que vieni, si Dios quieri, vá á dil al pueblo conmigo ¿oyes?, que paeci que la tenemos como en prisionis... ¡Caray, tantu, tantu! ¿Has oío?

—Jacci lo que vos dé la gana; ¿á mí qué me ices de eso? Así como así paeci que ahora el ganao atalanta algo más que aquí atrás, dirsos,—dijo el cabrero padre, que en su vida había hecho un párrafo tan largo de un tirón.

Y se fueron. La *Fea* en traje de diario, descalza y sin medias, como siempre, y la madre con la ropa nueva en un fardelillo blanco de lienzo casero. Y así llegaron á las cercanías del pueblo á las tres de la tarde, una tarde de Septiembre, serena y un poco fria.

—¡Aquí!—dijo la madre, parándose de pronto en el camino;—en esti prao, ampié de una juenti que hay.

Saltaron la tapia vieja y musgosa y se fueron á la fuente, que estaba rodeada de robles, de agabanzos y de zarzales con moras verdes. Un cerdo que estaba hozando y bañándose en el regatillo mísero que salía de la fuentuca, huyó espantado, bufando. Una rana se echó al agua.

La *Fea* se arrodilló en el césped, verde y raído, y su madre la peinó con un peine de cuerno que sacó del taleguillo. Le hizo un moño de picaporte, grande y tieso, bien atado por el medio con una cuerda de jugosa lana negra y le aplastó bien los rizos, que parecían dos cataplasmas de pez pegadas en la mollera. La moza se puso de pie y se despojó de sus míseras ropillas exteriores.

El cuerpo de la *Fea* era recio, robusto y fuerte, de músculo retorcido, como fibra de tronco de madroñera, sin eso de tentadoras turgencias que hablasen de sensualismo carnal, ni escultórico siquiera. Tampoco podía decirse que era el suyo un cuerpo marimachesco, de desgarbada hembra hombruna, sino mas bien de un hermoso zagalón afeminado.

Vistióse la ropa nueva, que todo lo cubrió, menos la cara, que era tantas veces fea. Y ahora más; porque aquellas pobres galas, todas tiesas como si fuesen de cartón, inflexibles, rebeldes á la adherencia y al pliegue natural del movimiento que hubiérales dado fisonomía, convirtieron á la *Fea* en una figurilla verdaderamente rara, con sequedades y fríos de escultura hierática; una cosa muerta en fuerza de ser inexpresiva. Parecía un dibujo á pluma de los que hacen los chiquillos de la escuela, ó á lo más, una caricatura disecada por el lápiz de un dibujante travieso.

Una urraca charlatana venía á beber en la fuente, volando por encima de aquel anfiteatro de zarzales, y al ver á las mujerucas, dió en los aires un respingo y un chillido escandaloso, levantó el vuelo y fué á encaramarse en los pimpollos de terciopelo de un roble. Y mirando

desde aquella alta atalaya los colorines del traje de la *Fea*, que debían de hacerle daño en las pupilas espantadas, graznaba como una loca, escandalizando, como si ella entendiera más que la madre de la moza de tiquis miquis estéticos.

—Jala, hija, jala,—dijo la vieja,—que se me jaci que es tardi.

Y como último retoque de aquella primitiva coquetería montaraz, la *Fea* mojó las palmas de las manos en el regato y las pasó un par de veces sobre los rizos para evitar todo asomo de capilares insurrecciones.

El pueblo estaba reunido en la plaza á aquel'a hora. Yo también estaba allí con dos amigos, viendo aquello. Ocho ó diez parejas de mozonas y mozancos bailoteaban al son del tamboril: las muchachas que no bailaban, estaban sentadas en una gradería de piedra que rodeaba el tronco de un viejo álamo, esperando la invitación de los mozos desocupados, que por allí andaban formando corros, charlotteando y riendo, medio abrazados y con las cabezas juntas, como carneros en siesta. Las comadres del lugar, al otro lado del baile, junto á las paredes, acurrucadas en el suelo, con los *crios* arrebujaos en el guarda-piés de encima: los hombres que no bailábamos, á otro lado, de pie, en triple ó cuádruple fila, y corriendo por todas partes, una nube de chiquillos.

De pronto, cuatro ó seis de ellos gritaron: «¡La *Fea*, la *Fea!*» y corrieron hacia una calle cercana para volver en seguida escoltando á la *Fea* y á su madre que llegaban. Esta se separó de la hija antes de llegar al álamo y se dirigió á su puesto, al de las casadas, y la moza se fué al suyo, sola, atolondrada, encogida. No sabía andar con zapatos y caminaba con miedo, á pasos cortitos, como el que va sobre hielo. Yo conocía bien á las gentes de la plaza y me alarmé. Me olió á tragedia grotesca.

La cabrera se sentó al extremo de una hilera de mozas que la recibieron con euclicheos y risitas burlonas, sin el menor disimulo. De los grupos de mozos desocupados se destacó uno de pronto y se dirigió á la *Fea*. Era más señorito que los demás porque tenía pantalones y sombrero fino negro. Yo lo conocía y temblé.

Era el hijo del secretario, un vago presumido y desvergonzado, apóstata de seminario, un pillo de lugar, que para serlo de ciudad no había servido por torpe, y se había quedado en eso: en charrán vulgar, Tenorio de lugaruco y juerguista de tabernillas rurales. Estaba siempre, según él decía, en el único lenguaje que pudo traerse de la ciudad «más abroncao que Dios,» y aquella tarde se había propuesto poner en ridículo á la infeliz cabrerilla y dar «un golpe de órdago»

delante de todo el pueblo. Al invitarla para el baile, hizo ante ella una genuflexión que arrancó una carcajada general. La *Fea*, sin saber ya lo que hacía, echó á andar y se paró donde él quiso, en medio de la plaza, separados de todos los que bailaban.

Ella no sabía bailar ¡qué había de saber! ni siquiera tenía *oído* para mearse al compás de aquella música, ni ella estaba tampoco para oírla. Y el hijo del secretario, imitando la pantomima ridícula de la *Fea*, logró un éxito popular muy superior á sus cálculos. Bien sabía todo el pueblo que él bailaba bien y que aquello lo hacía por lo que dijo después: «por cachondearse de aquella moza, que era más fea que Dios.» Y el canallesco blasfemo, cuando calló el tamboril, la ofreció el brazo, que ella no supo aceptar, y la acompañó á su asiento, donde la dejó aturdida, después de otra inclinación ceremoniosa, hecha con toda la elegancia de que él podía disponer, para que las gentes supieran que él entendía de aquellas cosas, aunque en el pueblo no quería nunca hacerlas. Hizo con la pobre moza mucho menos de lo que hubieran podido hacer con él en un salón de elegantes, de elegantes de cabeza de partido. El pueblo se lo premió con carcajadas que acabaron de aturdir á la cabrera.

—¡Qué asqueroso!—murmuró uno de mis dos amigos.

—¡Qué rufián!—añadió el otro.

Yo sudaba.

Hubo un intermedio de dos ó tres minutos que necesitó el tamborilero para reirse también. Después, un instante de relativo silencio. Parecía como que se esperaba otro lidiador que saliese á rejonear la fiera. Y aprovechando el momento, otro mozo se puso delante de la víctima, introdujo los pulgares por la comisura de sus labiazos descoloridos y flácidos, distendió mucho hacia abajo con los índices los párpados inferiores de sus grandes mortecinos ojos de asno, y gruñó acercándose á la cara de la *Fea*,

—¡El cocu, el cocuuu...!

La risotada fué inmensa: las mozonas se tapaban sus dentaduras de yegua con los moqueros muy dobladitos; las comadres enseñaban pescuezos de pergamino y cavernosas encías con solitarios colmillos desgastados: los hombres refau también locamente dando pataditas en el suelo y agarrándose unos á otros para no caerse... Y entre tanto, «¡el cocu, el cocu!» decían delante de la *Fea* los muchachos de la escuela... ¡sí, sí, los de la escuela!, donde un maestro á la moderna, les enseñaba... cosas muy grandes, por ejemplo, la distancia que hay desde la Tierra á Júpiter que no será cosa chica...

—¡Pero qué gentuza, dijo con gesto de asco uno de mis dos amigos.

—¡Pero qué salvajes!—dijo el otro indignadísimo.

Y yo miré á la *Fea*, que estaba rodeada, acosada por la canalla infantil, con el semblante ya casi negro de puro enrojecido, ¡y riendo también!... pero con risa desgarradora, dolorosa, trágica, la risa de las lágrimas, especie de hipo del pánico, sollozos que la víctima disfrazaba instintivamente con la máscara de la risa por una especie de complacencia medrosa para con el enemigo, que reía y acaso tomase á mal que la víctima llorase...

Yo también me aturdí, como la *Fea*. Ví aquellos ojos que buscaban á hurtadillas, con ansias infinitas, no la venganza, sino una mirada sola en que pudieran apoyar ellos la suya para descansar un poco...

Y vino otro hombre: un bárbaro: el más bárbaro de los hombres. Cogió á aquella criatura por un brazo, sacóla de entre la turba de aventajados escolares sin vergüenza, la llevó junto á nosotros y también empezó por ponerse á bailotear grotescamente ante ella.

Era el *gracioso* del lugar; un animal cuasi humano, con los ojos algo oblicuos y muy grandes, faz larguísima y estrecha, la boca muy abajo, muy abajo, y una enorme mandíbula inferior. Tenía cara de caballo.

Ni risas, ni voces, ni aplausos: yo no oía nada ya. Barrunté que el cerebro se me quedó á media luz. El aspecto de aquel hombre me embraveció. De repente, suspendió su danza ridícula, se acercó á la Cabrera por detrás, se inclinó hacia el suelo como para andar en cuatro pies, bufó, berreó dos veces, imitando al macho cabrío encelado, y acabó con un gesto groserísimo, asqueroso, que no se puede pintar... Y entonces...

Entonces, todas las energías de mi alma con todas las fuerzas de mi cuerpo, que ya sabéis que son muchas, circularon, empujándose, por mi brazo hasta llegar á la mano, y... ¡zas! se oyó un chasquido magnífico, y aquel hombre cayó de espaldas como si fuera un muñeco al recibir en aquella faz de bestia la tremenda bofetada que le dí.

Y ciego ya por la ira, fuime á él, le puse un pie en el ijar, lo mismo que á mis novillos cuando los yerro en la nalga... y no pudo pasar más, porque de allí me apartaron á viva fuerza mis amigos y el alcalde, que vino á restablecer el orden, y el maestro de aquellos chicos, los *graciosos* del porvenir ..

—¡Quijotada!—me dijo un amigo en tono de afectuosa reconvencción.

Y el otro añadió, asintiendo:

—¡Quijotada, sí, quijotada!

La *Fea* y su madre escaparon, aprovechando el desorden: llegaron al prado donde quedó la ropa vieja, y la moza se la puso sin pronunciar una palabra. La madre lloraba, lloraba muy por lo bajo y recogía las galas de la hija desgraciada, regadas antes con sudores de su frente y ahora con lágrimas de sus ojos.

La *Fea* estaba ya vestida, ó mejor, medio desnuda, que así andaba allá en su sierra. Sintióse otra vez flexible, fuerte y brava. Oscurecía. Miró hacia el pueblo, que se distinguía ya confusamente, pardusco, chico, aplastado sobre el pelado repecho blanquecino, como costra protectora de gusanos sobre el lomo de un asno herido. Lo vió y se quedó mirándolo con fijeza de estatua, muda y quieta. El frío de la noche le hirió en la frente y al cabo se movió algo. Quiso imprecicar. Pero quiso poner en la imprecación todo lo que ella tenía por dentro, lo que aquella gente había metido en la médula de su alma en dos horas de afrentas inenarrables, tan injustas, tan injustas...

Se barruntó sin palabras; no pudo: insistió... tampoco pudo. Y la nube cargada de tormenta que en sus adentros rugía, se resolvió malamente en un suspiro, que fué más bien un bufido de impotente jabalina fatigada.

Y así, como amainando, como descendiendo de las cumbres más altas de la cólera y el odio, todavía pudo decirle al indecente lugaruco que tenía enfrente:

—¡Genti burra! ¡Genti cochina! .. ¡Asín sos cayera un rayo que sos abrasasi á tóos... á tóos... ¡menos al cura y al otro!

Y echó á andar. La madre se fué tras ella, y lloraba mucho, la pobre, lloraba mucho...»

Y Jacinto Mendoza, al decir esto, se puso ronco, y murmuró para él solo:

—No quiero profanaciones. ¡Duerma para siempre inédito el poema generoso que ha cantado aquel dolor!

JOSÉ MARÍA GABRIEL Y GALÁN.

---